

Mis lunes con aroma a matcha

Michiko Aoyama



MICHIKO AOYAMA

MIS LUNES CON
AROMA A MATCHA

Traducción de Marta Morros Serret

 Planeta

UN LUNES CON AROMA A MATCHA

[Enero · Tokio]

Junté las manos para pedir que me ocurriera algo bueno. Pero ¿a dónde había ido a parar aquella plegaria?

Me encontraba en un santuario sintoísta, así que supuse que a alguno de los dioses de dicha religión. Era lo más probable.

Pero ¿dónde estaban los dioses sintoístas? ¿Detrás de la caja de ofrendas? ¿En el cielo? A saber.

Estábamos casi a mitad de enero, pero hasta entonces no había podido hacer la tradicional visita de Año Nuevo a un templo.

Trabajo en una tienda de móviles situada en un centro comercial. Los días antes de Año Nuevo son una época de mucho trabajo y todavía no había tenido vacaciones. A pesar de que nuestro jefe había organizado rotaciones de turnos cortos, los que no salíamos

con nadie, como yo, aceptamos hacer más horas de manera voluntaria para que quienes tenían familia pudieran disfrutar de más días de descanso.

—Pero, Miho, tienes veintiséis años, eres muy joven... Deberías estar con nosotros —me dijeron mis padres cuando les expliqué que no podría estar con ellos para preparar el *osechi*, la comida de Año Nuevo.

Como mi ausencia se debía a cuestiones laborales, pensé que ya me lo perdonarían algún día. Lo cierto es que a mí siempre me han interesado los dispositivos electrónicos, así que tener que trabajar en algo relacionado con teléfonos móviles no me disgustaba en absoluto.

Como los horarios de enero se habían organizado de un modo distinto al habitual, aquel día no me tocaba ir al trabajo, pero yo me había presentado en la tienda en el turno de la mañana porque no lo había leído bien, y eso me desmoralizó.

¡Qué desastre! La noche anterior me había acostado tarde, y aquella mañana podría haberme quedado en la cama.

No me apetecía regresar a casa, así que me quedé deambulando por el centro comercial. Sin embargo, hay días en los que, hagas lo que hagas, las cosas solo van de mal en peor. Me acerqué a una tienda con la intención de comprarme un abrigo de plumas que ha-

bía visto, pero se había agotado. Para animarme, fui a un restaurante de comida rápida y, al añadir el ketchup a las patatas fritas, me manché la manga del jersey. En el lavabo del baño dejé correr el agua sobre la salsa para limpiar la mancha, pero justo en ese momento me di cuenta de que me había dejado el pañuelo en casa. No es que yo fuera una persona que tuviera mucha suerte en general, pero aquel día estaba siendo especialmente desafortunado. Pensé que quizá todo era culpa de no haber realizado todavía la primera visita del año al templo. Así que, como había un santuario al que se podía llegar a pie desde allí, decidí acercarme a modo de ritual.

Salí del templo sumida en mis pensamientos y, de repente, me vino a la memoria el Marble Café: un pequeño local situado al final de la hilera de cerezos del paseo que bordea el río, cerca del santuario. Un lugar acogedor en el que trabaja un chico muy amable, que tiene una decoración interior y unas tazas muy elegantes y, por descontado, un café y un té deliciosos. Solo voy en raras ocasiones, cuando trabajo por las mañanas, pero es sin lugar a dudas mi cafetería preferida. «Eso es —pensé—. En un día tan malo como hoy, pasar un rato en una cafetería que me gusta me levantará el ánimo».

Anduve hacia allí observando de soslayo las ramas de los cerezos, largas y despojadas tanto de flores como de hojas.

Respiraba a través de la bufanda roja a cuadros que me cubría hasta la boca. En los bolsillos del abrigo, los dedos se me habían entumecido del frío.

Entre las sombras de los árboles, vislumbré el cartel del Marble Café. Justo mientras estaba pensando que quería llegar a la cafetería cuanto antes para entrar en calor, me detuve en seco.

Era lunes, el día en el que el Marble Café cerraba.

Realmente aquel no era mi día. Ya podría haberme dado cuenta un poco antes y no haber recorrido todo aquel trecho. Pero acordarme cuando estaba a punto de llegar... Respiré hondo y, cuando iba a dar media vuelta, la puerta de la cafetería se abrió.

Agucé la vista. Una mujer de pelo corto salió del interior en mi dirección. Tendría unos pocos años más que yo. Llevaba el pelo teñido de un bonito color castaño ceniza.

—Disculpa... —reuní el valor de decirle cuando nos cruzamos—. ¿El Marble Café no está cerrado hoy?

—Pues... —respondió ella esbozando una sonrisa—. Normalmente cierra los lunes, pero hoy está abierto. ¿Y si vas a ver?

Tenía una voz ronca que resultaba agradable al oído. «¡Qué mujer!», me quedé pensando mientras se alejaba a paso ligero.

Así que le hice caso, me acerqué hasta la cafetería y eché un vistazo al interior desde la ventana. Dentro había gente, tanto en la barra como en la sala.

Me disponía a agarrar el pomo de la puerta cuando reparé en que, en el cartel de la cafetería, habían puesto una cinta adhesiva blanca que tapaba la palabra «Marble» y encima habían escrito «Matcha» con un rotulador negro. ¿Matcha Café? ¿Era una broma?

Estaba patidifusa ante aquel cartel zarrapastroso cuando la puerta se abrió y un hombre de constitución menuda asomó la cabeza.

—Puedes pasar...

Al ver que tenía un lunar grande en la frente, caí en la cuenta de que ya lo había visto en el Marble Café. En aquella otra ocasión el encantador camarero de la cafetería se había dirigido a él como «Maestro», pero él estuvo todo el rato en la barra con el periódico deportivo como si no trabajara allí. De modo que deduje que al hombre del lunar lo llamaban con aquel apodo: el Maestro...

—El Matcha Café abre solo hoy. Si te gusta el té matcha, adelante.

Como me encanta, ya sea con leche, en pudín o en

helado, entré con la sensación de haber llegado a un lugar seguro.

Además del Maestro, en la mesa del fondo del local había una pareja y, en la barra, un chico que vestía un kimono azul marino. Me senté en la mesa que había delante de la barra y me quité el abrigo.

Por fin había conseguido calmarme. Todos mis sentidos me pedían un *matcha latte* verde, calentito, dulce y cremoso.

—Bienvenida.

El chico del kimono me sirvió un vaso de agua y me tendió la carta, que estaba hecha con papel *washi* sobre una cartulina y escrita a pincel. Se componía de lo siguiente:

Matcha fuerte: 1.200 yenes

Matcha suave: 700 yenes

Ambos se sirven acompañados de un dulce japonés.

Me quedé perpleja.

Allí no había nada parecido a un *matcha latte* o a un pudín de matcha. Solo lo genuino.

—Perdona... ¿Solo hay esto?

—Sí.

El camarero, que se había acercado a tomarme nota, miró hacia un lado con el semblante serio. Te-

nía el mentón fino, y la nariz le caía recta hacia abajo. Debía de ser unos cinco años mayor que yo. Parecía acostumbrado a ir en kimono, pero que lo llevara se me antojó un poco pretencioso.

El chico se quedó allí esperando una respuesta, con la mirada hacia el otro lado. Yo volví a ojear la carta. No había pudín, aunque los dulces japoneses tampoco estaban tan mal. No tenía muy clara la diferencia entre el matcha fuerte y el suave, pero me convencí de que el más caro sería también el más rico. Acababa de hacer la primera visita del año a un templo para celebrar el Año Nuevo y pedir que me trajera buena suerte, así que ¿por qué no darme un pequeño capricho, un premio?

—Pues... un matcha fuerte, por favor —pronuncié a la vez que alzaba el rostro. De repente nuestras miradas se cruzaron y el chico me giró la cara con sumo ímpetu.

—Vale, un matcha fuerte, entonces —farfulló en voz baja antes de dirigirse a toda prisa hacia la barra.

¿Por qué le había caído tan mal? Me sentí dolida y triste porque hubiese sido tan cortante conmigo y me pregunté si, a fin de cuentas, no debería haber ido allí. Observé el interior de la cafetería.

El Maestro estaba sentado en la barra leyendo el

periódico deportivo, igual que aquel otro día. La pareja mantenía una apacible conversación en voz baja. De lejos parecían jóvenes, pero, si te fijabas bien, debían de tener treinta y tantos, y ambos lucían un sencillo anillo en la mano izquierda. Así que estaban casados. ¡Qué suerte! Compartían una relación estable y de confianza. Yo también esperaba enamorarme de alguien algún día, como ellos...

Estaba embelesada observando a aquella pareja que encarnaba la felicidad cuando el Maestro se volvió hacia mí desde la barra.

—Se te ha caído la bufanda —me dijo.

—¡Ay! —exclamé, bajé la mirada y vi que la bufanda que había puesto sobre mi regazo yacía lacia en el suelo. La cogí y el Maestro prosiguió:

—¿Vienes mucho por mi cafetería?

Su cafetería... Ya no cabía duda de que él era el propietario del local.

—De vez en cuando. Había olvidado que cerráis los lunes y he venido por equivocación. ¿Organizáis a menudo eventos como este, el Matcha Café?

—Sí. Los días que en teoría no abrimos o fuera del horario de la cafetería.

No tenía ni idea. Aunque el Marble Café es un lugar increíble, nunca hace publicidad ni tiene presencia en redes sociales.

—¿No lo anunciáis en vuestra página web o en Twitter? Si organizáis eventos, quizá sería buena idea difundirlo para atraer más clientes.

El Maestro esbozó una sonrisa a la vez que dejaba escapar un suave resoplido por la nariz.

—¿No te parece más divertido acabar aquí por casualidad o sin saber por qué? Como tú hoy.

—¿Por cosas del destino? —sugerí.

—Bueno, algo así —comentó levantando el dedo índice—. Cuando te topas con una persona o un objeto, se establece una conexión. Y es como si se hubiese plantado una semilla. Por diminuta o modesta que sea, crecerá, florecerá en todo su esplendor y dará un delicioso fruto. Aunque, cuando es solo una semilla, todo eso ni nos lo imaginamos...

De repente me vino a la cabeza el abrigo que no me había podido comprar.

—Pero hay ocasiones en que solo coincides con alguien una vez y el encuentro termina sin ir a más, ¿no le parece?

—Eso no significa que no se haya establecido una conexión, sino que estabais destinados a veros una única vez. Como cuando comemos pipas de girasol. Las ingerimos cuando son semillas, pero quién sabe si vivir esa experiencia hará que después se establezca una conexión en otro sentido.

Pipas de girasol... Ladeé la cabeza, dubitativa, mientras pensaba que nunca había probado una, y el Maestro se echó a reír.

—Bueno, lo de hoy no lo hago por dinero, sino más bien para divertirme. Así que no importa cuántos clientes vengan. ¡Bienvenida al Matcha Café!

«¿Lo hará realmente por diversión?», pensé, y después el chico joven apareció con una bandejita laqueada de color negro.

—Siento la espera. Aquí tienes tu matcha fuerte. El dulce tradicional que lo acompaña es un *kanbotan*.*

Su acento del oeste me dio a entender que era de la zona de Kansai.

Aquel dulce con nombre de peonía estaba hecho con pasta de judía blanca y azúcar, y era de un bello color rosa. Los estambres amarillos asomaban en medio de sus pliegues, que parecían faralaes.

—¡Qué maravilla! Es increíble la energía con la que florecen a pesar del intenso frío —comentó el Maestro, que después se volvió de nuevo hacia la barra y siguió leyendo el periódico.

La pareja se levantó de su asiento y el camarero se

* El *kanbotan*, literalmente «peonía de invierno», es un pastelito japonés hecho de pasta de judía blanca con azúcar inspirado en dicha flor. (*N. de la t.*)

dirigió hacia la caja registradora. La mujer detuvo la mirada en los paquetes de té que estaban expuestos junto a la caja, compró uno y luego los dos se marcharon. En la cafetería ya solo éramos tres.

Admiré durante unos instantes aquella dulce y esplendorosa flor y después observé el matcha fuerte que la acompañaba. Tal como su nombre indicaba, tenía un color verde intenso. Cogí el *chawan* con ambas manos y vi que el té era tan denso que parecía esmalte. Nunca antes había visto un matcha de esas características. Aunque parecía delicioso, tras degustar el primer trago, me retiré el bol de los labios en un acto reflejo.

—¡Hum! —solté con cierta excentricidad sin poder evitarlo.

Tampoco es que fuera exagerado, pero, como era la única clienta, mi exclamación resonó en la estancia de un modo extraño.

Si bien tenía un gusto intenso, aquel té no era amargo ni áspero, sino que tenía un sabor todavía desconocido para mí. No conseguía encontrar palabras adecuadas que lo describieran.

—Primero se come el dulce —me comentó el Maestro sonriente

Me apresuré a partir el *kanbotan* por la mitad con el palillo de bambú y me lo llevé a la boca. Aunque me

hubiese gustado comerlo con un poco más de elegancia, ya estaba hecho.

Saboreé el dulzor del pastelito y, a continuación, quise repetir de nuevo la experiencia. Creí que esta vez reconocería mejor la profundidad de aquel sabor, pero me siguió pareciendo indescifrable. Aun así, por muy desconcertante que fuera, no iba a dejar a medias un té de mil doscientos yenes. Me bebí el agua del vaso a grandes tragos, y después oí que un teléfono móvil empezaba a sonar en la barra. El camarero se apresuró a responder la llamada.

—¿Cómo? Esto...

El chico pulsaba la pantalla con el dedo, impaciente, pero el teléfono seguía sonando.

—Será mejor que lo deslices hacia arriba... —me salió decirle de repente.

—¿Que lo deslice...?

Se volvió hacia mí con rostro implorante.

—Pon el dedo sobre la pantalla y después llévalo hasta arriba del todo.

Al parecer, el chico consiguió descolgar el teléfono antes de que se cortara la llamada, porque a continuación inició la conversación con su interlocutor con cara de alivio.

—Sí, sí... No, yo no te he llamado.

Pensé que no saber responder al teléfono o llamar

a alguien al apretar un botón sin querer era muy típico de una persona que se acaba de comprar su primer teléfono inteligente.

Me llevé a la boca el trocito de *kanbotan* que me quedaba y me bebí aquel matcha fuerte con exasperación. Yo que había escogido el té más caro para levantarme el ánimo... ¿Hasta dónde llegaría mi mala suerte aquel día?

—¿Era tu padre? —le preguntó el Maestro al camarero después de que colgara.

—Sí. Parece ser que lo he llamado por error, y él me ha devuelto la llamada. —El chico señaló el teléfono con cara de odio—. Hace un par de semanas cambié por fin mi teléfono convencional por un móvil inteligente, pero me pone de los nervios. Es muy difícil de usar. Me pide que lo actualice sin parar. Es muy molesto, pero, si no lo hago, el estado de las aplicaciones cambia por sí solo. Entonces se pone a hacer cosas raras y es todavía peor. ¡Y eso que me compré el último modelo!

—Bueno, los *smartphones* no son perfectos en todo —le dije sin poder contenerme.

Ambos, el camarero y el Maestro, se volvieron hacia mí.

—Trabajo en el sector de la telefonía y no hay día en que no lo piense. El mundo de los móviles está en

constante evolución porque van apareciendo nuevos virus, las señales son inestables y las necesidades de la sociedad varían. Por eso cambian continuamente para adaptarse a las circunstancias y van introduciéndose pequeñas variaciones en los dispositivos.

—Hum... —musitó el Maestro asintiendo con la cabeza.

Envalentonada, proseguí con mi perorata:

—Por desgracia, las actualizaciones de las aplicaciones a veces tienen fallos, pero, visto a largo plazo, los móviles van mejorando poco a poco gracias a esos errores. Tal y como yo lo veo, me parece fascinante poder probar cosas nuevas y tener cada vez más funcionalidades sin cambiar de dispositivo. Es como si estuvieran vivos. Creo que eso es maravilloso —dije, y a continuación me llevé la mano a la boca, avergonzada de haber hablado tanto. Desafortunadamente, era lo que solía hacer cuando se trataba de teléfonos inteligentes.

—¿Te apetece un *ōsu*...? —me preguntó el camarero con amabilidad y la mirada gacha.

—¿Un *ōsu*?

—Es el *matcha* ligero y espumoso más común. También suele ser más fácil de beber. Te invito en agradecimiento por haberme ayudado a descolgar —dijo el chico.

Después el Maestro me miró de soslayo y se apresuró a sugerir:

—¿Por qué no le enseñas cómo lo preparas?

—¿En serio? ¡Me encantaría verlo! —exclamé dando un respingo, y el camarero asintió con una leve inclinación de cabeza.

El Maestro dobló el periódico con una sonrisa.

—¡Qué bien! ¿Sabes? «El entusiasmo y la buena suerte van de la mano».

—¿Y ese dicho? ¿De quién es?

—Mío —soltó el Maestro, y se llevó el periódico hacia el expositor de revistas que había junto a la caja registradora.

Aquel hombre estaba envuelto por un aura de misterio.

Unos instantes después, el camarero se acercó a la mesa con una bandeja y un hervidor que dejó delante de mí. En la bandeja había un bol, un recipiente que contenía el té, una fina espátula dosificadora de bambú y un batidor manual también de bambú.

Al parecer, había calentado el bol vacío y luego humedecido la parte inferior del batidor.

—Bien, empecemos.

El camarero primero puso una dosis y media de polvo de té matcha en el bol con la ayuda de la fina espátula, que parecía un bastoncillo de los oídos

enorme. Con el otro extremo, eliminó minuciosamente los grumos. A continuación, vertió con delicadeza el agua caliente sobre el sedoso matcha y asió el batidor.

—Se remueve dibujando una M: de delante hacia atrás y de atrás hacia delante.

—¿Una M? ¿Del alfabeto?

—Sí.

El chico se quedó desconcertado ante mi pregunta.

—¿Qué explicación darían cuando no se conocía el alfabeto? ¿Qué diría Sen no Rikyū,* por ejemplo?

—A saber... No lo había pensado nunca —comentó con una sonrisa.

«¡Anda! —me dije. Su expresión me pareció adorable—. Ya podría sonreír más...».

Entonces, me invadió una sensación dulce, como si un hielo se derritiera en el fondo de mi corazón. ¡Cielos! ¿Qué era aquel sentimiento?

El chico removió el té con un vigoroso movimiento en zigzag, después pasó el batidor de bambú suavemente por la superficie como si estuviese aplastando una gran burbuja y, a continuación, volvió a introducirlo hasta el fondo.

* Figura histórica con mayor influencia en el arte de la ceremonia del té, principalmente en la tradición del wabicha. (*N. de la t.*)

—Al final, lo extraemos con lentitud dibujando un ㇿ.* —Retiró el batidor en vertical desde el centro del bol y añadió todo contento—: Aquí Sen no Rikyū seguramente también diría que hay que dibujar un «no», ¿no crees?

El chico por fin me miró a los ojos. Pero esta vez fui yo quien no le aguantó la mirada y la aparté a toda prisa.

Él regresó a la barra y me trajo un plato en el que había servido otro dulce.

—Este es un *yuki usagi* —dijo, y me lo dejó encima de la bandeja.

Se trataba de un *mochi* blanco monísimo que parecía un conejo de esos que saltan en las montañas cubiertas de nieve. Degusté tranquilamente un bocado del *yuki usagi* y bebí un sorbo de aquel matcha suave. Estaba delicioso. El delicado dulzor del pastelito se mezcló con el cosquilleante aroma del té y entonces entendí que debían comerse en dicho orden para que los sabores se realzaran entre ellos.

* En japonés conviven tres tipos de escritura: el *hiragana* (silabario usado para escribir palabras japonesas), el *katakana* (silabario para palabras extranjeras) y los kanji (ideogramas provenientes del chino tradicional). En *hiragana*, la sílaba «no» se escribe ㇿ. (N. de la t.)

Respiré aliviada; por fin había conseguido calmarme.

—Qué feliz estoy de que me hayas invitado a esto. Llevo un día de esos de mala suerte en los que nada sale bien. Me he equivocado de turno en el trabajo, el abrigo que quería comprarme estaba agotado y, para colmo, me he manchado la camisa de ketchup.

El chico me escuchaba inmóvil, con gesto escéptico.

—Yo diría que eso..., más que tener mala suerte...

—¿Eh?

—Es ser torpe, ¿no? —dijo con suma seriedad.

Su comentario me sentó como una puñalada. Justo cuando estábamos empezando a llevarnos un poco mejor... Aquel chico realmente debía de sentir aversión por mí.

—Yo no creo que tengas mala suerte. Para nada —prosiguió—. Trabajar en algo que te gusta tanto como para hablar de ello con tanta pasión es ser muy afortunada, ¿no? Contigo, los *smartphones* se sienten queridos y son felices.

—¿Los *smartphones*? ¿Felices?

Jamás había visto las cosas desde aquella perspectiva. Pensar que los teléfonos percibían mi entusiasmo y que se alegraban por ello me pareció muy gratificante porque me otorgaba un reconocimiento objetivo.

Además, tenía razón: lo mío solo había sido una cuestión de torpeza que no tenía nada que ver con la mala suerte. Se me escapó una lágrima y, a la vez, esbocé una sonrisa. Estaba feliz. Mucho. Quise secarme las mejillas y rebusqué en mi bolso, pero, ¡claro!, me había olvidado el pañuelo en casa. Entonces, ante mis ojos apareció uno de color azul marino doblado a la perfección. El chico me lo estaba ofreciendo mientras miraba en otra dirección muy serio. Se le habían sonrojado las orejas.

—Mu... muchas gracias —pronuncié mientras lo aceptaba.

—Voy a tirar la basura —dijo él acto seguido dirigiéndose al Maestro, y se marchó.

Me fijé en que el pañuelo tenía el kanji de «fortuna»* bordado con hilo blanco en una esquina. ¿Y eso? ¿Sería una especie de amuleto?

—¡Anda! ¿No me digas que lo usa? Se lo regalé yo —comentó el Maestro, quien, después de dejar el periódico, se había hecho con una revista—. Hice que le bordaran el primer kanji de su nombre: Kippeï. ¿No te parece una señal de buen augurio? Es el hijo único de la familia Fukui, de la célebre casa de té Fukuidō. Fukui también significa «ser afortunado». Llamarse

* En kanji: 吉. (*N. de la t.*)

Kippeï Fukui es llevar la buena suerte en las venas, ¿no crees?

Así que el chico se llamaba Kippeï...

Pensé que, desde luego, había sido una suerte olvidar mi pañuelo y, a continuación, caí en la cuenta de que, seguramente, si hubiese podido comprar aquel abrigo que me gustaba, después habría regresado directa a casa. De hecho, si aquel día no me hubiese equivocado de turno en el trabajo, no habría ido a parar allí. Es más, gracias a mi torpeza, había llegado al Matcha Café.

Si regresaba allí, podríamos vernos de nuevo.

—¿Qué día volverá a organizar un Matcha Café?
—le pregunté al Maestro.

—¿Hum? No habrá más. Fukuidō tiene su sede en Kioto. Kippeï ha venido a Tokio para asistir a una reunión en representación de su padre por primera vez, pero mañana regresará a casa.

Ay, no... Así que ahí terminaba la historia.

Sí, lo mío, definitivamente, era cuestión de mala suerte.

Menuda decepción.

Debería mover algún hilo si quería volver a ver a Kippeï. El destino probablemente me había concedido una semilla llevándome hasta allí; ahora tenía que cuidarla lo mejor posible para que creciera.

Junté las manos bajo el mentón disimulando una plegaria.

Pedí volver a ver a Kippeï, que me pasaran cosas buenas. Apreté las manos con fuerza, volcando mis pensamientos en el calor que generaba mi propio cuerpo.

Eso es, dirigí aquellos ruegos a mis palmas.

—Aunque... —comentó el Maestro mientras pasaba una de las páginas de la revista—. Pronto van a abrir una tienda en Tokio y será él quien la lleve. Se mudará aquí en primavera.

Al oír aquello, vi que el deseo que atesoraba entre mis manos germinaba de repente. Entrecrucé los dedos y apreté fuerte las palmas. Todo iría bien. Al final, ¡sí que iba a tener suerte!